



4. "La Tribuna", Los Angeles, jueves 30 de mayo de 1996.

"El príncipe de la locura. Hacia una psicología del Quijote"

de Sergio Peña y Lillo Lacassie

Por Darío de la Fuente D.

El médico psiquiatra Sergio Peña y Lillo Lacassie, lector que escruta en detalle la personalidad de los personajes que aparecen en las obras literarias, dio a luz en 1993 este interesante libro en el que, junto con comentar la obra literaria, máximo momento de las letras castellanas, en su carácter de profesional, hace un examen psicológico del más hidalgo de los caballeros novelescos: «Don Quijote», de su fiel «Sancho» y de «Dulcinea» considerando en principio que, en lo global, este momento literario simboliza la eterna lucha del idealismo por sobreponerse al pragmatismo y también el juego eterno entre la fantasía y la realidad llegando a la conclusión que lo que se presenta como una parodia de las novelas caballerescas, finaliza constituyéndose en la alegoría de lo humano.

Para él, Don Quijote encarna el entusiasmo que se convierte en sueños y esto lo conduce, en lo psicológico, a caminar entre la sabiduría y el absurdo. Sus actitudes, aparentemente radicales son, en el fondo, trágicas. Por ellas se le mira como la más alta expresión de la locura pero sucede que se trata de un ser apasionado por elevar el comportamiento más allá de lo utilitario que domina al mundo.

Todo aparece reventado por el humor pero aún así hay que considerar que la locura de Don Quijote es razonada; es lo que él mismo denomina «la razón de la sinrazón» en la que su fantasía juega un papel preponderante, tan trascendente como que, frente a las páginas de la obra, ésta se centra en el personaje principal pero alcanza también al lector y no por eso, al tratándose de una pacífica

locura deja de incluir conceptos básicos de la vida. De allí que el texto en total, constituye un símbolo del suceso humano.

Desde luego, no hay que olvidar que las novelas de caballería fueron una realidad de la historia literaria exaltando el ideal aún dominante en la lectura durante la época en que vivió Cervantes. Es como adalid de ese sentimiento de donde arranca la locura razonante de Don Quijote encaminándose al delirio y poniéndolo en acción frente a una realidad distorsionada por la mente: es la paranoia, o paranoia, definida en patología como la alteración mental, forma crónica de locura caracterizada por los delirios sistemáticos, considerando el enfermo que el resto de la gente debe compartir su visión de esta realidad. A Don Quijote lo

afectó la paranoia en la edad juvenil pero es precisamente esta enfermedad, por sobre lo ridículo de sus actuaciones, la que conduce a la grandera, es la lo que lo lleva desde su vida normal de hombre corriente a aquella exaltación en la que, sintiéndose hombre de armas, es aguerido pero ajeno al exterminio de otras vidas y, a pesar que sufre quebrantos físicos, el optimismo siempre lo acompaña. Sufre la paranoia en la vejez, acaso como consecuencia de un anhelo juvenil insatisfecho de aventuras, pero se recupera y termina sus días en estado de plena lucidez. ¿No hay en esto un punto poco comentado que es la capacidad de la persona para superar sus propios defectos, una especie de invitación a la autocritica? En todo caso, como síntesis, queda el Quijote como el hombre bueno y generoso. ¡Había luchado contra

la mezquindad! y queda hacia la posteridad como la más celebrada figura de la espiritualidad humana.

Pero, al llegar a este punto, no es dable soslayar la existencia de los contrarios, a Sancho Panza con su sentido de la realidad, la sencillez, la modestia, el ojo y la mente enfocando lo cotidiano tal como es y, por supuesto, en la continua relación entre ambos, muchas veces se produce el sincretismo. En este asunto, no hay que tomar el vocablo en los significados que dieron origen a la palabra, esto es, coacción de dos adversarios en contra de un tercero, obrar como un cretence, ser impostor, lo que ya es extemporáneo, sino que hay que tomarlo en la acepción vigente de reconciliación o unión de creencias u opiniones en pugna, o movimiento o esfuerzo encaminado a ese fin, que, en síntesis, ratifica como fenómeno individual y colectivo el juego de las influencias recíprocas, hecho que constituye una verdad irreducible atestigüada por la historia.

En esa relación Quijote-Sancho Panza, se produce el hecho que, conservando en líneas generales cada cual sus propios rasgos psicológicos, son muchas las veces que se interinfluyen y pasan a constituirse en el binomio «Quijotismo» o «Sanchopancismo» transformado en unidad que el hombre común ha llevado por siglos en su propio interior. Algo así como «Los hombres del hombre» de que hablaba en su libro del mismo título nuestro Premio Nacional de Literatura Eduardo Barrios al abordar el psiquismo.

Sentido del honor; búsqueda de la justicia; cultivo de la virtud; conservación

de la ética; comportamiento dirigido al bien de los demás; espíritu de fraternidad que conduce al humanismo; orgullo que corresponde al sostenimiento de la propia dignidad; señorío que excluye el egocentrismo; variedad; mezcla de ingenuidad y sabiduría; defensa de los derechos de los demás por sobre el perjuicio propio movilizan la aquiescencia de Don Quijote.

En su vulgaridad de hombre corriente pero con vetas de ambición y generosidad; inculto pero inteligente; astuto, juicioso, discreto, malicioso, sagaz en el análisis de lo cotidiano, Sancho Panza es la más viva representación de la lealtad y en este sentido, considerándose valientemente menos, se convierte en defensor del que es más.

Física y psicológicamente diferentes, sin embargo en el proceso natural de convivencia, elaboran juntos el tramado de ese tejido de tonos multicolores que ha abrigado por dentro el corazón y el alma del hombre a través de los siglos.

Sin duda ya está pasando definitivamente la etapa histórica en que el hombre generaliza a la especie humana y hay que dar cabida a lo que significa la mujer. Esto lo avisa Cervantes en su obra idealizándola.

En ese triángulo de personajes principales: Don Quijote, Sancho y Dulcinea, en su locura razonada, Don Quijote transforma a la laboradora en princesa en su afán de idealizar el amor en su máxima fidelidad y pureza; ella pasa a ser el ideal femenino; es el amor la llave para el logro de la armonía humana; amor sin sensualidad porque no busca lo carnal sino que ubica a la mujer en el plano de lo ideal, colindante con perfección.

Desde ella se proyectan la belleza y la virtud. Es, en definitiva, un amor platónico y el esta dispuesto a correr cualquier peligro por merecerlo; es el sol de su inspiración, algo transparente que va más allá de toda materialidad; es el personaje que moviliza su delirio.

Mucho se ha escrito idealizando a la mujer; infinidad de pensamientos han crecido formando una gran fregada en torno a su figura. Don Quijote se ubica entre los más fervientes sembradores. ¿Por qué? El análisis psicológico ratifica lo que

el mismo personaje manifiesta: es su «locura razonada». Bien sabemos que la mujer es algo así como la Grecia conquistada que conquista, a más modernamente, se dice que la mujer elige al hombre que la va a elegir. Don Quijote la tenía en alta consideración. Es el complemento indispensable en la prolongación de la especie y, aunque por sus años, con espíritu cauto, Don Quijote le dio en su «casa locura», un lugar de preeminencia en la vida del hombre ratificando que en su locura era, en lo fundamental, un hombre cuerdo.

Díaz Eterovic inicia gira promocional [artículo] Carolina Andonie D.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Andonie Dracos, Carolina

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Díaz Eterovic inicia gira promocional [artículo] Carolina Andonie D. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile